

¡No llegaremos a viejos!

Por Griselda Labbate

Casimiro era demasiado huesudo cuando nació, y su madre se vio en la obligación de hacer un pacto con Dios, aún a sabiendas de que estaría hundida en la culpa hasta el último de sus días. Mientras veía su pechito subir y bajar con extrema dificultad, se sumió en la más extrema desesperación y pidió, mirando hacia arriba y con las manos apretadas, que lo deje vivir, aunque sea un tiempo. Que le permita sentir la tierra bajo sus piecitos. Que pueda llenar sus pulmones del aire de la mañana. Que aprenda a galopar. Eso nada más. Y que pase alguna Navidad, que pueda comer, mucha tortilla, mucha sopa. Le juró a Dios que nunca le iba a volver a pedir. Él la escuchó, probablemente. Casimiro comenzó a tomar su leche recién ordeñada con avidez y ya no parecía que le faltase el aire tan seguido. Yolanda agradeció con devoción, dando inicio a su calvario mientras esperaba que se cumpliera la otra parte del trato. Sabía que su hijo iba a morir joven. Hilario, su esposo, le pedía que no sea estúpida.

- Acá no nos morimos cuando quiere Dios, nos morimos cuando quiere el patrón.

Estaba muy cansado y tampoco respiraba bien. Tenía el corazón muy grande, no porque fuese una persona memorable sino porque vivían dentro suyo algunos parásitos que le había transmitido una vinchuca.

A Casimiro lo cuidaban mucho, y trabajaba menos que todos los demás. Lo mandaban poco al campo porque Yolanda quiso, obstinadamente, que vaya donde el maestro algunos días a la semana. Se llamaba Braulio y era un hombre severo y educado, parco y muy solitario. Había llegado de Buenos Aires algún tiempo atrás, aunque nadie sabía bien por qué. Vivía en una pequeña casilla que hacía las veces de aula y tenía a su disposición una motocicleta rotosa que dejaba boquiabiertos a los niños, y muy especialmente a Casimiro.

- Si le enseño a andar a caballo, ¿me enseña a andar en esta? – Braulio lo subía a la moto, y Casimiro cerraba los ojos y le decía que quería volar. - ¿Me lleva a Buenos Aires? – el chico redoblaba la apuesta. Su maestro le decía que no, que no se acordaba el camino. Que había tirado unas migas de pan para no perderse, pero los pájaros se las habían comido. Casimiro insistía. Ahora que sabía leer, se había entusiasmado con conocer el mar o algún castillo. Lo explicaba saltando, haciendo volar el polvo y agitando una espada imaginaria. Braulio sentía una profunda compasión por él. Le daba algo de remordimiento haberle despertado curiosidades que nunca podría satisfacer; estaba incrustado en la pobreza, y era triste pensar en el momento en el que se diese cuenta. Su madre también sufría por él, pero esperaba que, ya que moriría joven, nunca llegue el momento de esa revelación.

Los sueños de Casimiro crecían a un ritmo más vertiginoso que su cuerpo, pequeño y frágil. Sus diminutos privilegios llenaban de envidia a sus hermanos y de una endeble esperanza a Yolanda, cuyo fatalismo se veía amenazado cuando escuchaba leer poesías a su último hijo, y preguntarle cosas que ella no sabía responderle. Ella lo mandaba a juntar algodón un rato, lo que pudiese, hasta que se lo traían porque se cansaba mucho.

– Es que yo no quiero caminar, ¡quiero una moto! – Su padre pensaba que ya estaba pasando demasiado tiempo con el maestro. Desconfiaba mucho de lo que le enseñaría en esa casa, y se decían cosas raras sobre él. Hilario le dijo que para tener una moto tenía que irse a trabajar a Córdoba y meterse adentro de una fábrica. Que no habría más gallinas ni tortilla. Casimiro lo tomó muy en serio. Finalmente, a los diecisiete y con pocas alternativas, se subió a un tren y dejó su casa para siempre. Yolanda sabía que hubiese sido temerario luchar contra ese destino. Lo despidió, lo bendijo y rodeó con caricias al pequeño cuerpo vibrante de su hijo menor. Casimiro se reía.

– Voy a volver en mi moto. – cerraba los ojos imaginando el momento. Ella sabía que no. Braulio, transformado en un ermitaño irreconocible, sospechaba lo mismo, pero un ápice de optimismo descansaba en su corazón. El paso de los años había arrugado su cara, a la que prefería cubrir con una espesa barba blanca. Siempre repetía que envejecer era un privilegio. Su padre, más pragmático, evaluaba cuán beneficioso sería esa despedida para la estrepitosa economía familiar. Lo saludó entusiasmado en la estación. A sus cuarenta y dos años, algunos nietos ya tiraban de sus botamangas y llevaba una vida penosa.

Córdoba era bastante parecida a como se la había imaginado; definitivamente Braulio era un excelente narrador. Allí lo esperaba su primo Anselmo para compartir gastos de la pensión y recuerdos de una infancia a la que no deseaban regresar. Anselmo trabajaba en la *Fiat* desde hacía bastante tiempo. Había abandonado su casa familiar escapando de la violencia y la humillación, tras jurar no tolerar nunca más un abuso de poder. Era un hombre justo y estaba muy enojado.

-Hacemos lo que sea por la libertad. – le dijo Anselmo mientras improvisaba un almuerzo de bienvenida. La habitación era pequeña, aunque ordenada. Había conseguido un colchón para Casimiro y lo ubicó en posición paralela a su cama. Una mesita con su silla albergaba algunos elementos básicos de cocina y pocas prendas de vestir. Casimiro encontraba sumamente placentero que el suelo esté cubierto por baldosas y empezó a disfrutar estar descalzo. El resto de la habitación estaba ocupada por libros. En el pueblo, Casimiro era el joven más hábil en la lectoescritura, y le decepcionó no entender las historias que aparecían en los libros de Anselmo.

- Sí, a mí también me gusta la libertad. Por eso quiero una moto.

Anselmo sentía una rabiosa impotencia cuando escuchaba hablar a la pobreza. No lo podía soportar. Le dijo que la libertad no se la iba a dar una moto, sino todos esos libros que veía apilados en los estantes, y Casimiro lo entendió a medias. Braulio le decía algo muy parecido, y les dio crédito, a él y a su primo, sólo porque confiaba en ellos. Al día

siguiente de su llegada, perfumados con unas gotitas de colonia, los primos se dirigieron juntos a la parada de colectivos.

Las reuniones se llevaban a cabo en la habitación. En general eran ocho, aunque llegaron a ser doce personas amontonadas en el ínfimo cuarto. Discutían toda la noche, y resultaba increíble que se lleven a cabo intercambios tan pasionales en un tono de voz prácticamente inaudible. Anselmo decía que eso era poesía y revolución. Con el tiempo, no obstante, pasó a ser demasiado riesgoso y ya no había tiempo para reuniones nocturnas ni debates abstractos. En aquellos años iniciales Casimiro aprendió muchas cosas. Escuchaba y pensaba, primero con poquitas palabras, y luego adquirió el hábito de Anselmo: robarle horas al sueño. Dejó las historias de piratas y caballeros que le habían hecho soñar en su infancia, y a las fantasías en general. Casimiro empezó a entender la desigualdad y los privilegios. La libertad no era la moto. La libertad era otra cosa. Y si él la estaba conociendo, la tenían que conocer todos.

- Es por nosotros, Casimiro. Por nuestros hermanos y nuestras madres. Por esas infancias azarosas, ¿por qué sobreviviste vos?
- ¿Por Dios?
- No, Casimiro, por suerte, porque sí. Y si no sobrevivías nadie lo iba a notar.
- Yo creo que aunque sea un poco fue por Dios. – susurró Casimiro, con algo de vergüenza y por respeto a su madre.

Anselmo asintió complaciente. Los unía un pasado olvidable y un futuro prometedor. – Y el presente, de lucha. – decía Anselmo, siempre entusiasmado. Hacía tiempo que la región industrial del centro del país estaba en una situación que empeoraba progresivamente. Él había participado de las protestas de 1969, y las cosas no habían hecho sino derrumbarse desde entonces; todos se acostumbraron a trabajar con fantasmas sobre los hombros. Primero, el fantasma del despido; ahora, el fantasma de la muerte. Las reuniones en la pensión fueron mermando hasta desaparecer definitivamente, y a Anselmo ya no lo llamaban así, y a Casimiro tampoco. Había muchos secretos y una esperanza tenaz. Casimiro pensaba en sus hermanos y sus amigos, muchos de los cuales ya estaban muertos o muy enfermos, sin alcanzar los veinticinco. Pensaba en sus padres jóvenes, con los cuerpos atravesados por la miseria, agradeciendo sobrevivir; en todos los niños que no conocían siquiera palabras para fantasear sobre futuros que nunca tendrían. Casimiro recordaba diariamente a Braulio y se preguntaba cuál habría sido su lucha. En él estaba pensando cuando esa madrugada salió a buscar a Anselmo. Hacía tres días que no lo veía; no había vuelto a dormir ni a marcar tarjeta, aunque ya no estaba suspendido. Cruzó la calle al trote. No sabía bien hacia dónde se dirigía. La luz se había cortado en el barrio y sólo podía guiarse por los sonidos.

- ¡Por Dios, por la Patria y por la familia! – gritó una voz, y escuchó un disparo a la vuelta de la esquina. Casimiro volvió sobre sus pasos.

- ¿Por Dios, por la Patria y por la familia? – repitió en un susurro, tratando de comprender por qué esas palabras saldrían de aquella boca criminal. Nadie lo podía ver,

pero tenía los ojos incendiados. Le habían robado la infancia. A él y a todos los demás. Ahora le robaban los motivos. Se adjudicaban esas razones cuando lo único que pretendían era reducirlos al más miserable silencio para multiplicar sus obscenas fortunas. Casimiro tropezó con el cuerpo que yacía en el suelo y fue alumbrado por una linterna; quien la empuñaba llegó a ver su mirada sostenida, dispuesta a resistir. Luego, ya no se supo más de él.

Cuando Yolanda se enteró, no se sorprendió. Hilario tampoco. Braulio hacía algún tiempo ya no estaba.